

«Archipiélago de las Letras»
Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila

1. Breve introducción

Víctor Ramírez Rodríguez (1944, San Roque de Las Palmas de Gran Canaria) es periodista, profesor, escritor, editor y político, además de miembro de la Academia Canaria de la Lengua desde 2004. Referente literario de las letras canarias, su importancia radica en la inclusión del dialecto —como característica más relevante—, la cultura y la identidad isleña en sus obras. Destaca su labor como comentador de la actualidad y político canario.

2. Quién es

Víctor Ramírez nació el 30 de junio de 1944 en San Roque de Las Palmas de Gran Canaria. Miembro de la Academia Canaria de la Lengua, y perteneciente a la generación del 70, parte de su obra se engloba dentro del *boom* de la literatura canaria.

Su interés por el valor literario de las palabras se desarrolla desde su infancia, motivado por la escucha de los corridos mexicanos, de los cuales el autor apunta en su discurso de ingreso a la Academia Canaria de la Lengua (2004): «aprendí a leer y escuchar cordialmente; y con ella aprendería a escribir y hablar —e inclusive a cantar— sentida, honestamente». Sin embargo, este interés por las palabras no solo se limita a lo estrictamente literario, sino que se interna en lo social, lo político y lo identitario, elementos permanentemente presentes en sus obras.

En 1971 publica dos cuentos bajo el nombre de *Cada cual arrastra su sombra*, con la editorial Inventarios provisionales, hecho que no solo inaugura su carrera literaria, sino que también lo coloca como referente de las letras canarias.

«Archipiélago de las Letras»

Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila

Su labor como profesor es compaginada con su hacer literario, que es entendido como una necesidad de cambio social, de ahí que algunos de sus cuentos, antes de ser publicados por una editorial, fueran impresos y distribuidos en mano por el propio autor por distintos barrios de Las Palmas de Gran Canaria.

En 1984 publica su primera novela, *Nos dejaron el muerto*, obra que no solo ha sido celebrada por el público y la crítica, sino también llevada a la gran pantalla con el nombre de *La caja*, bajo la dirección de Juan Carlos Falcón en 2006, y que le ha aportado una proyección literaria que trasciende el ámbito insular.

Por otra parte, también desarrolla la función de crítico literario en el «Cartel de las Letras y las Artes», del *Diario de Las Palmas*, desde el 13 de febrero de 1991 al 19 de marzo de 1996. En el cual, colaborando con Rafael Franquelo y Carmelo Arocha, publicó casi doscientas cincuenta entregas. Sin embargo, sus publicaciones en el *Diario de Las Palmas*, no se limitan a lo literario, puesto que escribía periódicamente una columna de opinión centrada en la actualidad política y social de las islas. Además, podemos encontrar su presencia en otros medios de comunicación, como en *Radio Guiniguada* y *Onda isleña*, con programas como: «El Tenampa», centrado en la actualidad, y «Que te vaya bonito» y «El rincón de la cantina», cuyo hilo conductor era la canción popular mexicana, y en los que Víctor Ramírez cantaba, ya fuese en solitario o acompañado de sus amigos. Esta pasión por la música le llevó a publicar dos discos: *Que te vaya bonito* (1995) y *Entrañables corridos mexicanos* (1998).

En 2004, la Academia Canaria de la Lengua reconoce su labor con la cultura canaria nombrándolo miembro de la misma. Tal y como se ha destacado, las aportaciones realizadas por el autor trascienden el campo de lo literario pero, dentro de este, sobresale la inclusión del

«Archipiélago de las Letras»

Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila

dialecto canario y la pervivencia de la memoria popular, signos claros de la identidad canaria que vertebran su obra.

En 2007 se presenta a las elecciones autonómicas bajo las siglas del Movimiento por la Unidad del Pueblo Canario (MUPC), por la circunscripción de Gran Canaria; en este caso, encabeza la candidatura del partido independentista. En referencia a dicho aspecto, la orientación política de Víctor Ramírez puede encontrarse tanto en su labor en los medios de comunicación como en su expresión literaria, siendo, en este último caso, uno de los elementos que la motivan.

Pese a que en la actualidad se encuentra jubilado, tras cuarenta años dedicados a la enseñanza, su incansable quehacer literario hace que deba considerársele lejos de cualquier atisbo de inactividad.

3. Valor y significado de su obra

La obra de Víctor Ramírez nace el calor de los últimos estertores de la dictadura franquista y de los grandes movimientos sociales de los años 70. Un momento de cambio que desplazaba todo hacia una nueva dirección, entre el que se incluía, por supuesto, la literatura. El *boom* de la literatura hispanoamericana había señalado una nueva forma de representar la realidad, el lenguaje y la identidad frente a las expresiones literarias anquilosadas que se desarrollaban en España por imposición de la censura. Una nueva forma de entender la literatura y el lenguaje al que los escritores canarios eran especialmente permeables por la cercanía identitaria entre Hispanoamérica y Canarias.

En este contexto social y literario, Víctor Ramírez publica su primer libro de cuentos, *Cada cual arrastra su sombra* (1971), que destaca por su uso del lenguaje. La inclusión del

«Archipiélago de las Letras»

Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila

dialecto canario en sus obras es una de las características más reseñadas y celebradas por la crítica y el público en general, sobre todo si tenemos en cuenta que, cuando este autor comienza su andadura literaria, estas expresiones eran poco frecuentes. Cabe señalar que el dialecto canario estaba especialmente denostado frente al resto de formas de habla del español, de tal manera que los cuentos y novelas de este autor —junto a los de otros— ayudaron a la toma de conciencia de su importancia, tanto desde una perspectiva social como institucional.

En un período que destaca por el florecimiento de la novela canaria, Víctor Ramírez cultivará el cuento debido a la concepción inmanentemente social que el autor otorga a la literatura. El cuento, frente a la novela, facilita el acceso a una mayor cantidad de lectores por su brevedad y facilidad de distribución. Sin embargo, la publicación de su primera novela —*Nos dejaron el muerto*, 1984— es la que le aportará más relevancia al ajustarse mejor a las exigencias de otros escritores, editores y parte del público, además de por ser llevada a la gran pantalla (*La caja*, Juan Carlos Falcón, 2006). Desde entonces Víctor Ramírez alternará entre el cuento y la novela, entre las que destacamos, además de las ya señaladas: *Además lo primero* (1978), *Siete sitios quedan lejos* (1998), *Arena rubia y otros relatos* (1990), *Hedor de esquirola* (2009), *Ojo de pulga* (2009), *Machanguita* (2010) y *Criaturadivina* (2017).

Así, la narrativa de Víctor Ramírez, lejos de causar interés exclusivamente por los rasgos dialectales que contiene, se centra en la forma de vivir y entender la realidad que tiene la sociedad canaria, en concreto aquellos sectores pertenecientes a las clases más bajas. El paisaje que envuelve a sus personajes suele ser el de los barrios o las periferias de las ciudades, donde las calles de tierra, los descampados y la pobreza determinan el entorno.

En concordancia con el género realista, nos encontramos con personajes que sufren la exclusión social y la opresión que ejerce sobre ellos el sistema, como puede ser, el

«Archipiélago de las Letras»

Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila

analfabetismo, la violencia machista, la precariedad laboral o la represión franquista. La exposición de las tensiones a las que es sometida la sociedad canaria en la obra de Víctor Ramírez resalta la búsqueda de la legitimidad identitaria a la que se ven sometidos sus personajes.

La pregunta «¿quiénes somos?» hace que nos encontremos, en el plano narrativo, con personajes que relatan su propia historia a un interlocutor que la mayoría de las veces no se pronuncia. Así, la narración nos lleva directamente a la confidencia, a la sinceridad y a la exposición de lo más íntimo, pero también al recuerdo. Al partir de la memoria de los personajes, la narración se muestra aparentemente desordenada, al generar los saltos propios del discurso hablado: un hecho nos lleva a otro sin que estos deban estar necesariamente en orden cronológico; por otra parte, también nos muestra la red de relaciones establecida entre los personajes, generando con ello una cadena que articula el sentido de la obra y que, en ocasiones, trasciende el límite de la narración para internarse en otra novela o cuento.

En conclusión, la obra literaria de Víctor Ramírez ahonda en la identidad canaria, el dialecto, la forma de vivir, de entender la realidad y la memoria, y expresa la ideología del autor al señalar la opresión colonial que padece el pueblo canario.

4. Bibliografía

NOVELAS

Nos dejaron el muerto (1984), Troquel, Islas Canarias

De aquella zafra (1992), Editora Nacional Canaria, La Laguna

Siete sitios quedan lejos (1998), Benchomo Ediciones, La Laguna

«Archipiélago de las Letras»

Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila

El erroró del cabrero (1999) Centro de Cultura Popular Canaria, La Laguna

Largo oscuro origen (2008), CajaCanaria, Santa Cruz de Tenerife

La tercera mitad del cariño (2009), Gallo Kíkere, Canarias

Precisamente (2009), Gallo Kíkere, Islas Canarias

Guirres sin alas (2009), Gallo Kíkere, Islas Canarias

Machanguita (2010), Gallo Kíkere, Islas Canarias

Criaturadivina (2017), Gallo Kíkere, Islas Canarias

CUENTOS Y COLECCIONES DE CUENTOS

Cada cual arrastra su sombra (1971), Inventarios Provisionales, Las Palmas de Gran Canaria

El arranque (1971), Inventarios Provisionales, Las Palmas de Gran Canaria

La guitarra del Atlántico (1973), con R. Franquelo, Imprenta Pérez Galdós, Las Palmas de Gran Canaria

Cuentos cobardes (1977), Taller de Ediciones Josefina Betancor, Madrid

Además lo primero (1978), Imprenta Pérez Galdós, Las Palmas de Gran Canaria

Rumores paganos (1982) con R. Franquelo y A. Sánchez

Lo más hermoso de mi vida (1982), Imprenta Pérez Galdós, Las Palmas de Gran Canaria

Diosnoslibre (1984), publicación mecanografiada, Islas Canarias

«Archipiélago de las Letras»

Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila

La piedra en el camino (1988), Imprenta Pérez Galdós, Las Palmas de Gran Canaria

Arena rubia y otros relatos (1990), Centro de Cultura Popular Canaria, La Laguna

La vez entre después y ahora (1991), Lancelot, Cabildo Insular de Lanzarote

Catre de viento (1993), con R. Franquelo, Gallo Kíkere, Canarias

Desde el sur (antología de cuentos) (1995), Centro de Cultura Popular Canaria, La Laguna

Hedor de esquirola (2009), Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife

Taza vacía (2000), Benchomo Ediciones, La Laguna

Arena rubia (2009), Gallo Kíkere, Islas Canarias

Ojo de pulga (2009), Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife

Todos mis cuentos: primero (2013), Gallo Kíkere, Islas Canarias

Todos mis cuentos: intermedio (2013), Gallo Kíkere, Islas Canarias

Todos mis cuentos: último (2013), Gallo Kíkere, Islas Canarias

Todos sus cuentos (2015), Mercurio Editorial, 2015

ENSAYOS Y RECOPIACIONES DE ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS

Respondo (1993), Benchomo Ediciones, La Laguna

La escudilla (1994), Gallo Kíkere, Islas Canarias

La rendija (1996), Centro de Cultura Popular Canaria, La Laguna

«Archipiélago de las Letras»

Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila

Palabras de amazigh (1997), Editora Juvenil Canaria, Islas Canarias.

Desde el callejón sin salida (1999), Benchomo Ediciones, La Laguna

En la burbuja (2000), Benchomo Ediciones, La Laguna

El paraíso podrido (2001), Benchomo Ediciones, La Laguna

El fósforo encendido (2002), Benchomo Ediciones, La Laguna

Agüita pasada (2005), Gallo Kíkere, Islas Canarias

Escrito en siete sitios (2005), Gallo Kíkere, Islas Canarias

A la sombra de Alcorac (2005), Gallo Kíkere, Islas Canarias

Palabras libertarias para una conciencia canaria universalista. Discurso Academia Canaria de la Lengua (2006), Editora Juvenil Canaria, Islas Canarias

La limosna del perico (2006), Gallo Kíkere, Islas Canarias

A ras del suelo (2006), Gallo Kíkere, Islas Canarias

Ligero de equipaje (2006), Gallo Kíkere, Islas Canarias

En el edén carcelario (2007), Gallo Kíkere, Islas Canarias

Palabras de Amazigh (2007), Gallo Kíkere, Islas Canarias

Del rebelde sentir nacionalista (2007), Ed. Aguerre, Santa Cruz de Tenerife

De Doramas y sus espectros (2007), Ed. Aguerre, Santa Cruz de Tenerife

La rendija (2008), Gallo Kíkere, Islas Canarias

«Archipiélago de las Letras»

Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila

El callejón sin salida (2009), Gallo Kíkere, Islas Canarias

Canarias: ¿genocidio planificado? (2009), Agoñe Yacoron, Islas Canarias

Sobre “preocupados” y “resignación” canaria. De José Saramago y demás (2010), Ed.

Aguere, Santa Cruz de Tenerife

Me preguntaron por Galdós... Y me acordé de Ángel Guerra (2010), Ed. Aguerre, Santa Cruz de Tenerife

De odios benditos, calumnias esclarecedoras... Y otras satisfacciones (2012), Ed. Aguerre, Santa Cruz de Tenerife

África aquí (2013), Ed. Aguerre, Santa Cruz de Tenerife

Las peras del olmo (Artículos prohibidos) (2013), Gallo Kíkere, Islas Canarias

México en mí (2014), Ed. Aguerre, Santa Cruz de Tenerife

Mis canarios corridos mexicanos (2014), Gallo Kíkere, Islas Canarias

Cuba desde mí (2017), Ed. Aguerre, Santa Cruz de Tenerife

Contracorriente: reflexiones a vuelapluma (2017), Mercurio Editorial, Madrid

Sobre premios y otras valoraciones (2018), Gallo Kíkere, Islas Canarias

OTRAS EDICIONES

Literatura Canaria. Antología de textos: siglos XVI-XX (1976) con R. Franquelo, Taller de Ediciones Josefina Betancor, Madrid

«Archipiélago de las Letras»

Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila

Cuentos canarios contemporáneos (1980) con R. Franquelo, Taller de Ediciones Josefina

Betancor, Madrid

Narrativa canaria del siglo XX (v.1, 1985; v.2, 1987 y v.3, 1990), con R. Franquelo, Taller de

Ediciones Josefina Betancor, Madrid

DISCOS

Que te vaya bonito, 1995, Centro de la Cultura Popular Canaria

Entrañables corridos mejicanos, 1998, Fonoruz

SELECCIÓN DE TEXTOS LITERARIOS

Había dos vasos en la barra y una botella, dos vasos acabados de vaciar y una botella mediada, también una lucerna de araña en el techo, viejísima, de cinco brazos de metal y tres bombillas fundidas, una luz tenue, vidriosa, espolvoreada, de las que hacen amusgar la vista arrugando el entrecejo y la nariz. Había dos hombres que se hubieron mirado por unos momentos a los ojos cuajados, como si hurgaran recíprocamente en las pupilas del otro, borrachos, y buscando consuelo cómplice, entibiados sus corazones, asegurándose que sí, que tú también eres un hombre, igual que yo, pues tu mirada es un pozo de interrogantes y de amarguras pardas, desvaías ahora, un pozo sin fondo visible, donde cabe todo, y uno de ellos hubo de decir, no se sabe cuál, que Dios

«Archipiélago de las Letras»
Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila
aprieta pero, se dice, no ahoga, que es lo malo, que no acaba de ahogar. («Cada cual
arrastra su sombra», 1971).

Ese afán conscientemente subconsciente —las más de las veces— de delimitarnos, de estancar esa indómita energía que, lo admitamos o no, nos rezuma y desborda, llega a encontrar un algo de sucedáneo en la palabra encarcelada, engrillada y amordazada, es decir: en la poesía.

Ahora se rasca la coronilla, levanta una caspa grasienta que se adhiere a las uñas.

El colombiano Camilo Torres decía que la agresividad social se encuentra en aquellos países donde hay frustración de aspiraciones.

Se mira las uñas con caspa; con la uña del índice de la otra mano las limpia:
Tengo que lavarme la cabeza. ¿Dónde no hay frustraciones?

Nada, que esa comezón que nos invade consigue frecuentemente en los cobardes, en los poetas, una ensoñada escaramuza erótica —propia de los débiles, claro— y, con melindres barnizados de hambre justiciera, surge el balbuceo de la impotencia, del medio decir, del vacuo y gangrenado hilvane al ropaje de cuando llamamos sentimientos, ideas, ¡pobres vivencias metefísicadas!

¡Qué razón tiene Virginio Mendoza cuando canta aquello de dime lo que comes y te diré lo que...!, ¡carajo, cómo me pica la dichosa cabeza!

«Archipiélago de las Letras»

Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila

Vuelve a rascarse, cada vez más sañado. Creo que se acabó el caspiselenio, malhaya sea. («El poeta se alimenta de carroña y defeca flores», 1972).

Siete Sitios queda dentro, de una hoya. Queda tras aquellas cumbres pelonas.

Siete Sitios, sabe Dios que no miento, se me antoja cada vez más lejos. Además de que allí no perdona la calor y ni están para tales trotes estas piernitas de uno.

En Siete Sitios vive Andreíta Casiana, la mejor de mis madres. “Iré a morir donde mi sangre” y recaló en Siete Sitios. Dice que más vale solita y con Dios. Y se acomodó en lo alto del cafetí Moruna, que sube por detrás, independiente. “A nadie molestaré”, y volvió a coser ropa de hombres, nada de familias conmigo, dos ayudantas jovencitas y sin malcriadeces. Duerme en el rincón fresco, bajo la mesa de planchar. Sobre una zalea de camello duerme, dice que le alivia los riñones.

Muy de tarde en tarde, ya le dije. Me daba un saltito a Siete Sitios, con la fresca, y la visitaba. Andreíta Casiana, la mejor de mis madres, se me dejaba besar la mejilla izquierda, la más sudorosa y amarga. Luego me hacía sentar en el taburete de los hombres que esperan por la prueba de la chaqueta o del pantalón. Sabía que me gustaba el agua de nogal muy dulcita y con gofio y queso duro picado. Nunca fue regalona en balde. Pero siempre me obsequió sin remilgos y tuvo debilidad difícil para conmigo. Seguro que sería por mi asunto, ya usted sabe. («Diosnoslibre», 1982)

«Archipiélago de las Letras»
Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila

No dejaron el muerto un sábado a mediodía.

Recuerdo que había mucho solajero, que era un sábado de gente para la playa y el barrio casi vacío, ya en vacaciones los chiquillos de la escuela del rey. Cuando lo dejaron, mi madre empezaba a preparar el sancocho con cherne de todos los sábados.

Estaba solita en casa, en la habitación chica, y a oscuras. Acababa de ajular para fuera las moscas del mediodía. Mi madre parecía rezar, siempre con un millo en la boca.

El abuelo Ignacio Perpetuo había subido al otro lado de la loma, donde las cuevas del Baladrón. Mi padre, ese día, tenía que haber regresado ya, pero la mala marea lo retrasaba, nos habíamos acostumbrado a ello. (*Nos dejaron el muerto*, 1984)

El muchacho que acabo COU se aproxima incauto al calvario. Como ocurre en estos casos, todavía mantiene el estupor indócil, la esperanza engañada, todavía su sudor quema.

Todavía con el canto del puño dos veces, con los nudillos tres, golpea enrabiado la pared, sin atender al dolor que esto le ocasiona.

La chiquita que desde el año pasado trabaja en Galerías lo mira sin comprenderle del todo, y susurra audible: “Te comprendo, te comprendo. Son unos hijos de puta esos cerdos”. No sabe ni se atreve a añadir que ella es una más de las que dejaron los estudios por culpa de gentuza como ésa. Lo ve demasiado excitado.

«Archipiélago de las Letras»
Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila
Por eso se alegra cuando de improvviso la invita, “vamos a correr un poco”.

(“... Todo lo que ha supuesto una postura digna, plena de humanidad, se mantiene, permanece.

Intentarán adulterarla, corromperla, castrarla, manipularla, incluso aniquilarla, sí. Sin embargo permanece.

No sabría explicar el porqué. No he encontrado la respuesta. Sin embargo permanece, se sostiene por encima de los tiempos. Y esto conforta.

Esto te mantiene alerta, en vilo. Te acoraza frente a los continuos ataques idiotizantes que de todas partes nos asaeteen...”)

El muchacho que acabó COU ha leído demasiado para tan poca edad. Desde la convalecencia de aquella hepatitis de los quince años no ha dejado de leer un solo día, estudios aparte. («Bala de goma», 1984).

No, tú no alcanzaste a conocerlo directamente. Todavía eras muy choco cuando murió don Régulo Alcántara: por Sietesitios aseguraban que había él muerto beatífico: con el gesto estupefacto de quienes ya nada comprenden.

Sí, muchacho: morirá don Régulo con todas las apariencias y bastantes síntomas reales de un santo mártir pletórico de amargura resignada. Es lo que consta en las actas parroquiales de la época, todo ello escrito con letra gótica algo picuda por arriba.

«Archipiélago de las Letras»

Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila

No, no pudiste conocerlo en persona. Pero probablemente sí habrás oído conversaciones sobre él, rumorear a destajo: porque don Régulo fue hombre de provocar leyendas y admiraciones desmedidas por doquier, además de las naturales envidias tan nativas nuestras.

Estoy seguro de que sobrarían lo que te hablasen de él y de aquellas sus tan afamadas escandaleras de ricachón soberbio y muy enternecido por los humildes: cuando aún se mantenía enérgico y se comportaba cariñoso con los pobres sin templanza en los vicios mundanos.

Quien sí lo trató efectivo, y con esporádica frecuencia, sería el viejo tuyo en paz descanse: lo tratará sobre todo por la época ya lejana en que tu padre se dedicaba al tráfico de principalmente cochinos para embarcar. Tenía tu padre que llegarse hasta Sietesitios casi cada mes: allá adentro los acompañaríamos bastantes veces mis dos hermanos mayores que yo. Lo acompañábamos como ayudantes en el acarreo de los animales. («De don Régulo Alcántara», 1991)

Jugábamos al trompo en el solar de los Calderines, ya por las vacaciones de verano. Y, nada más recibir el comunicado, arrancamos corriendo hacia las cuevas del Baladrón. Allí, en la suya tan grande, se disponía Cesarito Dávila a comenzar su primera siesta, la siesta de media mañana tras unos vasitos de ron con pejines y chochos en la tienda de Ferminito Ñeca y acompañado de don Adolfo, el barbero.

«Archipiélago de las Letras»

Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila

Estaba Cesarito echado sobre un jergón que había a ras de suelo y fumaba tabaco fuerte. Nos vio al contraluz de la entrada siempre abierta durante el día, y volvió a susurrar con su voz enronquecida por el ron y los madrugones:

“De la gente, en su casi total mayoría, puede decirse que es buena; pero se comporta mal porque resulta más fácil ser malo, ¿o no, usted?”

Era la última moda que usaba el cabrero para dar la bienvenida o saludar por aquel entonces. Cuando nos escuchó llegar subiendo por la ladera, se había medio incorporado hacia el costado derecho.

Yacía Cesarito Dávila en la zalea de cabra gigante que cubría el jergón. Y lo flanqueaban sus dos bardinos, ya tendidos sobre el suelo de tosca y mirándonos medio traspuestos de modorra. Cesarito Dávila acostumbraba darles su poquita de ron dulce para que los animalitos fueran felices en el sueño. («De un tal Capitán Tibicena», 1991)

No puede haber encuentro. Jamás lo hubo, jamás podrá haberlo. ¡Qué me gustaría decir lo contrario! ¡Cuánto daría yo por mantener erguida la esperanza!

Donde solamente se ha pretendido, se pretende y se pretenderá la rapiña, no podemos hallar encuentro, solidaridad: no. Donde se buscó y logró el exterminio y la sumisión, la perenne miseria y el pertinaz desamparo, la fría liquidación de millones de humanos, no podemos ejercer el abrazo fraternal: no.

«Archipiélago de las Letras»

Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila

La angustia inmisericorde nos vendrá en lo otro, en lo supuestamente complementario, en lo realmente sustentador, en lo esencialmente radical, en la imposibilidad. Nos viene aquí: hay un capitalismo feroz, con objetivo sencillamente feudal, totalmente alejado de la industrialización emancipadora, vivificante; hay un ultraCapitalismo oligárquico que casi todos tenemos asumido en lo más profundo de nuestra conciencia.

Es un ultracapitalismo demoledor de todo progreso dignificante y que sustenta monarquías, seudorrepúblicas militarizadas en defensa de las inmensamente poderosas mafias ultrabancarias, teocracias de risa si no fuera por su infinita crueldad, democracias engañosas en que el colectivo renuncia a toda participación verdaderamente política, eligiendo sólo burócratas policiales corruptos corruptores.

Aplaudimos a los tiranos. Nos adiestran desde la cuna a que les envidiemos y les respetemos. Nos han hecho perder y hacemos perder sutilmente el instinto de justicia, la fe en la solidaridad, el repudio a la ignominia.

Es lo esencial ahora para los poderosos, para ese engranaje fatídico que intenta dominar la política mundial: adiestrarnos en la aceptación de la situación injusta, ver ésta como única mejor. Se le llama “pragmatismo”.

Y a algunos de sus privilegios títeres ponen corona, ponen galones, ponen bandas honoríficas, ponen diplomas y premios nobeles, ponen halagos y mucho dinero y vanidad publicitaria para su obra científica, de arte o literaria. («1992: De la indómita contumaz estupefacción», 1991)

«Archipiélago de las Letras»
Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila

La penúltima vez en que volvía a verlo y hablar con él resultó decisiva en mi vida. Sí, ya todo cambiaría definitivamente para mí, ya nada será igual. Ocurrió ello en uno de los bares que hay tras los alrededores del Mercado Viejo, y le encontré bastante más remozado de lo que yo podía suponer.

Hace unos ocho o nueve años de aquel crucial encuentro, señor Víctor. Ahora lo vi de lejos la semana pasa en el estadio: llevando él un sombrero mexicano charro para la molestia de los espectadores traseros. Y fue esta segunda vez también decisiva para mí, pero al contrario que en la anterior: ¡lo que son las improvisaciones caprichosas de la vida!

Sí, él pareció no darse cuenta de mi presencia en la grada varios escalones arriba por la izquierda. Creo que se encontraba solo y yo le creía muerto, ignoro por qué. Se llama Teodoro, aunque le llamábamos Doro, y supe fidedignamente que se trataba de él, sin duda. («¿Y qué!?», 2004)

Desde hace bastante tiempo, a poco de quedarse viuda completa del antesviudo Antonio Manuel, se acuesta al revés: se acostará ella con los pies hacia la cabecera y con la cabeza en los pies de la camaturca, sin almohada. Lo hacía él, cuando se quedaba en casa, sobre una colcha de crin duro colocada en el suelo.

«Archipiélago de las Letras»

Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila

No se descalza ella desde hace aproximadamente una semana, desde ya no viene la joven Armenia de la Cruz a ayudarla; ni se ha cambiado de ropa. Tampoco lleva bragas, pero aún sabe orinar y defecar: con muchas dificultades, en el balde chato colocado en la silla; pero sabe, “ya lo titará Armenita al estercolero de Eulalito Lucifer”.

A veces se lava ella las pantorrillas y los brazos con orines calentitos que perfuma con agua florida comprada hace bastante tiempo, aprovechando que hubiera bajado a cobrar el subsidio de vejez: ni se acordaba fidedigna cuánto hace de ello. De todo de me enteraré e imaginaré luego, indagando día tras día y después de la inesperada desgracia: sobre todo deduciendo y suponiendo yo sus últimos momentos. [«Así fue (Equivocándome de trampa)», 2006]

Los dos quedamos fuera, amparándonos en la línea de sombra que pudimos encontrar, contra el muro.

Cuando eso, todavía éramos jovencitos y habíamos llegado tarde otra vez. Nos costaba mucho cumplir nuestras obligaciones.

La enorme puerta estaba cerrada por dentro; ya lo sabíamos. Y toqué golpeándola con un tenique, pues con la mano me dolería.

También sabíamos que nadie vendrá a abrir de inmediato y tendríamos que esperar, como siempre.

«Archipiélago de las Letras»

Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila

“Usted no tiene vergüenza” —desde la ventana más alta gritará el Chillón un cuarto de hora después de haber yo golpeado un portón. “Usted no sabe guardar respeto”, volverá a decir cuando nos percata encucillados y jugando con los orines a hacer riachuelos.

Siempre se dirigirá a nosotros dos en singular. El Chillón parecía desconocer el plural. Al menos nunca se lo oiré. “Usted no cumple su obligación”, y desapareció de la ventana.

Por aquel entonces, con poco más de veinte años él amaba a una cabrita rucia que le hubo regalado para Pascua Florida un hijo grande de también Andreíta Casiana. («El chillón (¡Mejor me callo!)), 2007)

Aquello ocurrirá en los últimos años de vivir siempre muerta CriaturaDivina. Ocurre cuando casi todos los del pueblo ni nos ocupábamos de Ella, por la guerra allá abajo y poco antes de que se rumoreara en voz baja que incluso habría de dar a luz a veras, aunque en sitio alejado fuera de aquí.

De su embarazo y parto seguramente nadie hará caso; tengan ustedes en cuenta que moraba Ella la choza más alejada y solitaria, en lo alto del Monte Viejo, por la parte oculta que miraba directa al océano y rodeada con pinos y castaños además de dos o tres moreras. Y de ese nada creído hijo suyo se afirmó que desaparecería nada más nacer.

«Archipiélago de las Letras»

Víctor Ramírez, por Virginia Martín Dávila

Habría quien aseguraba que nació muerto y que lo enterraron inmediatamente: por si iba a estar vivo sobrenatural como su madre. Otro me dirá que se lo llevó de inmediato don Avelino Colla, el párroco ambulante fugaz: para venderlo a familia acomodada de la capital y hacer caridades con lo adquirido. Se lo llegué a preguntar directo al estrambótico sacerdote, quien, como solía, me contestará tras un contundente breve rezado por los pecadores del mundo. (*CriaturaDivina*, 2017).